

## LOS PUÑOS MOJADOS

**Seudónimo: Lonely**

Primero me dijo: “si no lo hacés, es porque no querés”. No lo esperaba. Creí que, cuando le comentara que había visto el programa de la carrera, que me pareció maravilloso, iba a decirme que, para una madre de tres hijos, la universidad era un imposible. Supuse que iba a cuestionar mis obligaciones para con nuestros hijos, el horario del curso de ingreso complicando la cena. Pero me desafió: “si no lo hacés, es porque no querés”.

Me inscribí.

Soporté y resolví las trabas, la hecatombe, los obstáculos. Un día compré un cuaderno y manejé hasta la Facultad, el auto era un muestrario de papeles de caramelos y migas de galletitas.

Aprendí un nuevo oficio, el de delegar, pero la culpa me hacía exagerar las instrucciones que dejaba en todos los lugares de la casa, el volumen de las bolsas de compras, la cantidad de comidas pre hechas y el brillo en las caritas de los chicos siempre recién bañados.

La mayoría de los alumnos era menor que yo. Tenían en claro cómo hacer los trámites, dónde conseguir los apuntes, en qué asignaturas debíamos inscribirnos. Aplicaban un lenguaje para mí desconocido. Me sentí rara, insegura, obsoleta. Tenía el pelo impregnado de frituras, las manos con olor a cebolla, la ropa ajada, el pelo descuidado por el apuro. Alguna vez, al escribir, comprobé que los puños de mi blusa habían llegado mojados.

Eran tres materias: Historia, Filosofía y Sociología. Me gustaron las tres. Mucho.

A medida que nos fuimos conociendo, mis compañeros se solidarizaron conmigo. Que tuviera tres hijos les resultaba extraordinario. Me preguntaban cómo me las arreglaba para estar cursando. A veces les contaba las peripecias: salir de casa con la más pequeña haciendo berrinches colgada de mis polleras, volver y encontrar un caos, tener que revisar cuadernos vencida por el sueño, comer sobras frías en medio de pegotes y fideos aplastados en la mesa. No les contaba, por supuesto, los desplantes de mi marido, los reproches

velados, la cara larga, las ironías, el enojo o el asombro que intentaba disimular. “Si no lo hacés, es porque no querés” me había dicho. Quizà porque jamás creyó que realmente lo haría.

Más de una vez, tuve que faltar; alguno con fiebre, mi marido que no llegaba a tiempo, mi madre que no podía venir y juzgaba un disparate que me hubiera propuesto estudiar. Mis compañeros me ayudaban, daban el presente por mí, me alcanzaban apuntes, me contaban las clases. Y yo estudiaba como podía, mientras podía, cuando podía, entre los pañales y el supermercado, con el lavarropas funcionando todo el tiempo, con interrupciones innumerables, con reuniones de padres en el colegio.

Historia me fascinó. El final de la dictadura determinó una revisión que nos llenó de novedades y sorpresas. Seguí las cátedras, absorta, poniendo toda la atención posible durante las clases, único espacio verdaderamente mío.

En Sociología descubrí libros que siempre hubiera querido leer y entendí mejor el mundo. Filosofía, directamente, me deslumbró, como un caudal de entendimiento que me alejaba, con generosidad, de las cuestiones domésticas para poder adentrarme en las preguntas trascendentes de los hombres.

En casa me costaba leer, no me concentraba, había perdido la práctica de la lectura de textos: muchos años de saber solo de papillas y sarampiones, mucha rutina elegida con amor, pero sin renglones ni páginas.

Y llegaron los exámenes. Aprobar significaba el ingreso a ese mundo nuevo. Pero, para mi sensación de insuficiencia, la meta resultaba inalcanzable.

Fui nerviosa, temblando, consciente de que mi único patrimonio era el de haber prestado atención durante las pocas clases a las que pude asistir, segura de los baches, convencida del aplazo. Y transpiré copiosamente durante las tres pruebas, sin la menor duda del fracaso.

La tarde que había que ir a buscar las notas, el auto no arrancó. Mi marido salió, con la más chiquita en brazos y cara de visible malhumor. Yo estaba llorando de impotencia. Un vecino intentó empujarme, pero no hubo caso, así que se ofreció a llevarme. La cara de fastidio de mi marido se me quedó pegada a la nuca.

Así llegué a la facultad, llorosa, acompañada por un desconocido. Y tarde. Muy tarde. Quizà ya hubieran dado las notas.

A lo lejos, desde el estacionamiento, vi a todo el grupo de mi promoción en la galería. Uno de ellos me saludó con el brazo en alto y los demás lo imitaron. A medida que avanzaba, empezaron a aplaudirme. Pensé que celebraban, a modo de broma, mi tardanza, y me dio vergüenza. Pero no: me estaban esperando. Querían felicitar me porque mis notas habían sido las más altas de la promoción.

Después, fueron otras cosas, la separación, la necesidad de trabajar, algunas materias salteadas, muchas dificultades. La carrera quedó trunca. La libreta universitaria, ahora guardada en un cajón, está llena de monigotes y garabatos de colores por mis hijos. Pero no me pesa. Elegimos, caminamos por nuestras elecciones, crecemos, recordamos. Y atesoramos.

Aquel breve periodo de vida universitaria fue y será inolvidable. Tengo un tesoro, en mi saber y en mi memoria; oigo, todavía, el rumor inconfundible de las aulas. Celebro, al menos, haber pasado por ellas y, sobre todo, haber descubierto mis propias capacidades, las que, incluso, me ayudaron a tomar decisiones drásticas pero certeras. Las que les sirvieron a mis hijos, años después, para emprender sus propios caminos, sus propias metas.

Y hasta es probable que, algún día, aun sostenida por un bastón, decida volver, llevar esa libreta llena de dibujos, mostrar mi orgullo de haber cumplido, al menos, con aquel sueño que quedó pequeño en tiempo, pero enorme en riquezas.